

---

# *Fides et Ratio* 25 años después. Una evocación

Dr. Francisco Conesa Ferrer  
Obispo de Solsona  
ORCID: 0000-0003-0677-4835  
fconesa@gmail.com

Recibido: 5 febrero 2024 / Aceptado: 29 abril 2024

---

**Resumen:** En este artículo se evocan los temas fundamentales de la Encíclica “Fides et ratio” (Juan Pablo II), exponiendo su comprensión de la relación entre razón y fe, filosofía y teología, en la búsqueda de la verdad. Seguidamente se expone la concepción de la relación entre fe, razón y amor en la Encíclica “Lumen

Fidei” (Francisco). La actualidad de la Encíclica reside en su apertura en relación con la razón y su capacidad de alcanzar la verdad.

**Palabras clave:** Fe, razón, verdad, filosofía, teología.

## *Fides et Ratio* 25 years later. An evocation

**Abstract:** This article evokes the main topics of the Encyclical “Fides et ratio” (John Paul II), explaining his understanding of the relationship between reason and faith, philosophy and theology, in the search for truth. Next is explained the conception of the relationship between faith, reason and love in the Encyclical

“Lumen Fidei” (Francis). The relevance of the Encyclical lies in its openness in relation to reason and its capacity to reach the truth.

**Key words:** Faith, reason, truth, philosophy, theology.

El 14 de septiembre de 1998 se presentaba oficialmente la encíclica “*Fides et ratio*”, la decimotercera del pontificado de san Juan Pablo II. En ella no sólo encontramos una orientación fecunda para quienes se dedican al estudio de la teología o la filosofía, sino que hallamos una comprensión profunda de la dignidad del ser humano y una defensa clara de la capacidad de la razón humana para alcanzar la verdad plena. En este artículo evocaré los temas centrales de la encíclica y me preguntaré por su vigencia, una vez transcurridos 25 años. Completaré estas reflexiones con la perspectiva que nos ofrece el papa Francisco en la primera encíclica de su pontificado, “*Lumen Fidei*” (29-6-2013).

## 1.- La pasión por alcanzar la verdad

La encíclica, evidentemente, habla de la fe y la razón, pero, por encima de todo, habla de la verdad, de su búsqueda y de la pasión por alcanzarla. El punto de partida de toda la reflexión es el deseo de conocer la verdad, un deseo que anida en el corazón del ser humano y que le abre el camino hasta Dios. Por eso, tenía razón el cardenal Ratzinger cuando dijo que “la *Fides et ratio* busca restituir a la humanidad el coraje de buscar la verdad, es decir, embarcar una vez más a la razón en la aventura de la búsqueda de la verdad”<sup>1</sup>.

Desde las primeras líneas se señala que “la búsqueda de la verdad última parece a menudo oscurecida” (FR 5), lo que hace urgente animar esta búsqueda. Las filosofías contemporáneas han acentuado las limitaciones y condicionamientos del conocer humano, dando origen a diversas formas de agnosticismo y relativismo. Esta crisis de la verdad es descrita en diversos pasajes de la encíclica, especialmente cuando expone en el capítulo séptimo los peligros de algunas corrientes actuales de pensamiento (cf. FR 86-91). Frente a ello subraya que el ser humano está marcado por

---

<sup>1</sup> J. RATZINGER, “Cultura e verità: riflessioni sull’Enciclica” (25-2-1999), en *Origins* 28 (1999) 625-631; cf. J. RATZINGER, “Fe, verdad y cultura. Reflexiones a propósito de la Encíclica *Fides et Ratio*”, en J. PRADES – J. M. MAGAZ (eds.), *La razón creyente. Actas del Congreso Internacional sobre la Encíclica Fides et Ratio*, Ed. Universidad San Dámaso, Madrid 2002, pp. 2-41.

el deseo de verdad. El ser humano, por su capacidad de conocerse a sí mismo, es un ser en búsqueda y puede ser definido como “aquel que busca la verdad” (FR 28). Esta búsqueda de la verdad se articula como pregunta por el sentido. El ser humano no deja de preguntarse por el sentido “último y global de la vida” (FR 81). Por eso, “lo más urgente hoy es llevar a los hombres a descubrir su capacidad de conocer la verdad y su anhelo de un sentido último y definitivo de la existencia” (FR 102).

En un texto breve y claro la encíclica dice:

“El hombre, por su naturaleza, busca la verdad. Esta búsqueda no está destinada sólo a la conquista de verdades parciales, factuales o científicas; no busca sólo el verdadero bien para cada una de sus decisiones. Su búsqueda tiende hacia una verdad ulterior que pueda explicar el sentido de la vida; por eso es una búsqueda que no puede encontrar solución si no es en el absoluto. Gracias a la capacidad del pensamiento, el hombre puede encontrar y reconocer esta verdad” (FR 33).

En este texto, junto con la capacidad de conocer verdades “parciales”, se afirma la posibilidad de llegar a una verdad “ulterior”, una verdad grande que tiene que ver con la totalidad de la existencia. A pesar de los condicionamientos de la historia y de las limitaciones del lenguaje, más allá del aparecer de los fenómenos, existe una verdad que vale la pena buscar. Esta verdad, además, es puerta de entrada en la trascendencia, porque la sed de verdad sólo se sacia cuando se alcanza al Absoluto. Se dice en la encíclica que “toda verdad alcanzada es sólo una etapa hacia aquella verdad total que se manifestará en la revelación última de Dios” (FR 2).

Como era de esperar, los defensores de la “razón débil”, que es incapaz de alcanzar la verdad, rechazaron esta pretensión. Según Vattimo, la encíclica se sostiene sobre la idea de que hay verdades objetivas y estables, pero en realidad, señala siguiendo a Nietzsche, no existen verdades, sino sólo interpretaciones. Incluso la misma afirmación de que existe una realidad objetiva es una interpretación<sup>2</sup>.

La encíclica contempla la verdad como un camino que reúne a toda la humanidad. El Concilio Vaticano II ya tenía esta perspectiva cuando decía que “la fidelidad a la conciencia moral une a los cristianos con los

---

<sup>2</sup> G. VATTIMO, “Per la fede la ragione è debole”, en *La Stampa* (17-10-1998) 26.

demás hombres para buscar la verdad y resolver con acierto los numerosos problemas morales que se presentan al individuo y a la sociedad”<sup>3</sup>. La verdad no se concibe como algo abstracto y formal, sino que tiene un carácter existencial y es una tarea comunitaria. El filósofo americano Richard Bernstein criticó la encíclica porque, según su parecer, sostenía una concepción fundacionalista del conocimiento, al considerar que existe una verdad absoluta e incondicional que sirve de fundamento a todo conocimiento<sup>4</sup>. Pero el tema de la verdad no se plantea de una forma teórica sino en su relación concreta con la existencia humana. Sin la verdad –se dice en la encíclica– “la existencia humana estaría continuamente amenazada por el miedo y la angustia” (FR 28). Además, esta verdad no es un asunto conceptual, sino que tiene un nombre personal, que es Jesucristo (cf. FR 34) y no puede ser alcanzada sólo con la razón, sino que es asunto de fe, de amor y de deseo.

La verdad es una. No existen dos verdades, una fáctica y otra mística. Sólo hay una verdad, pero existen dos medios para alcanzarla. La encíclica habla metafóricamente dos “alas” para elevarse a la contemplación de la verdad: la fe y la razón (FR 1).

## 2.- La fe necesita la razón

La primera de las “alas” con las que cuenta el ser humano es la fe, que la encíclica califica como “el acto más significativo de la propia existencia” (FR 13), ya que en él la libertad del ser humano alcanza la certeza de la verdad y decide vivir en la misma. Por medio de la fe, la persona acoge la revelación de Dios, reconociendo la verdad de lo revelado. La encíclica subraya que en este acto “está implicada toda la persona” (FR 13) y alcanza tanto a la inteligencia como a la voluntad.

“Fides et ratio” no tiene la intención de describir detalladamente la naturaleza de la fe, sino que desea acentuar su vinculación con la razón.

---

<sup>3</sup> CONCILIO VATICANO II, Const. Past. *Gaudium et spes*, 16.

<sup>4</sup> Cf. E. MOROS, “La encíclica *Fides et Ratio*. Notas sobre su recepción”, en *Scripta Theologica* 31 (1999) 883-884.

La fe requiere a la razón humana al menos en tres aspectos<sup>5</sup>: 1) Porque la razón es condición necesaria, aunque no suficiente, para la fe; 2) Porque la razón es momento constitutivo intrínseco de la fe; 3) Porque la razón ayuda a que la fe resulte comunicable. Veamos qué significan estas afirmaciones.

En primer lugar, *la razón es condición necesaria para la fe*, porque la fe es un acto humano; un acto que presupone por tanto aquella libertad que es propia del ser racional. El hombre, incluso como creyente, no puede prescindir de su razón, que comprende y que examina críticamente, si es que la fe es y ha de seguir siendo un acto humano que se integre en la totalidad de la vida intelectual y real del hombre, de la cual también brota la fe.

Sabemos bien que la fe no es resultado de una argumentación irrevocable, que conduzca a aceptar sus conclusiones, pero tampoco se cree “quia absurdum”: se cree con unas razones y mientras se cree, se buscan razones que sostengan la fe. La gracia de la fe viene al encuentro de la racionalidad y la libertad del ser humano.

No en vano la encíclica denuncia repetidas veces el riesgo de fideísmo que amenaza con socavar fe (FR 55, 53), convirtiéndola en una decisión no motivada, que queda en los márgenes de la vida intelectual y, en consecuencia, de la vida humana. El hecho de que la fe sea un acto personal de entrega a Dios, que tiene un carácter místico y simbólico, junto al hecho de que la experiencia de fe sea inaprensible, ha llevado muchas veces a pensar que la fe es lo totalmente otro de la razón e incluso que se opone a cualquier injerencia de la razón en el acto de creer. El Papa afirma con claridad que “la fe, privada de la razón, ha subrayado el sentimiento y la experiencia, corriendo el riesgo de dejar de ser una propuesta universal” (FR 48). Sin la razón, la fe se subjetiviza y pierde universalidad.

Además, la razón es *momento interno de la fe, porque la fe busca comprender*. El segundo capítulo de la encíclica comienza con la sentencia de san Agustín, que recoge san Anselmo al comienzo del “Proslogion”: “credo ut intelligam”, creo para entender. La fe reclama a la razón para que le ayude a comprender el misterio que acepta, proclama y vive. Si la revelación de Dios, en razón de su contenido y forma de presentarse, ha

---

<sup>5</sup> Además de “Fides et Ratio”, en esta reflexión tengo en cuenta J. SCHMITZ, *La revelación*, Herder, Barcelona 1990, pp. 226-230.

de ser recibida por el hombre de una manera que se ajuste a su ser, el hombre deberá apropiársela después de haberla comprendido. La facultad para comprender es la razón humana. Por eso, la razón es un momento constitutivo de la fe en la revelación: para llegar a ser un suceso en nuestro mundo, la revelación de Dios depende de la fe como acto de aceptación que asiente después de haber comprendido.

En tercer lugar, la razón *ayuda a la evangelización, facilitando que la fe sea comunicable*. La razón es lo que tenemos en común los seres humanos; por ello la razón universaliza y ayuda a que sea accesible de modo general la experiencia de fe. Dice “Fides et ratio” que la Iglesia considerara “la filosofía como una ayuda indispensable para profundizar la inteligencia de la fe y comunicar la verdad del Evangelio a cuantos aún no la conocen” (FR 5). Quizás convenga subrayar esto en nuestro tiempo, cuando se difunden muchos métodos de evangelización que se apoyan en exceso en los sentimientos.

Por eso, “Fides et Ratio” sostiene que sólo una razón fuerte puede garantizar una fe audaz: “Es ilusorio pensar que la fe, ante una razón débil, tenga mayor incisividad; al contrario, cae en el grave peligro de ser reducida a mito o superstición. Del mismo modo, una razón que no tenga ante sí una fe adulta no se siente motivada a dirigir la mirada hacia la novedad y radicalidad del ser” (FR 48). Una fe fuerte reclama una razón fuerte.

### **3.- Una razón abierta a la fe**

La segunda “ala” es la razón humana, cuya dignidad y valor exalta la encíclica. Por “razón” se entiende la capacidad de buscar, de pedir razones, de valorar críticamente, de preguntar llegando hasta el fondo de las cosas. Juan Pablo II contempla también a la razón humana en su relación con la fe.

#### **a) Una razón audaz**

El panorama que se dibuja al final del siglo XX es de un debilitamiento de la razón y de una desconfianza en la misma. La encíclica advierte que este panorama es peligroso no sólo para la fe, sino para el

mismo ser humano, porque sin el recurso a la razón, el ser humano queda en manos de sus sentimientos, pasiones y emociones. Por eso, reivindica con fuerza la capacidad de la razón para percibir la realidad y alcanzar su sentido.

La constitución “*Dei Filius*” del Concilio Vaticano I también deseaba salvaguardar los derechos de la razón, y afirmó su capacidad de conocer verdaderamente la realidad. En esta línea, Juan Pablo II defiende el valor de la razón. Resulta paradójico que sea precisamente el Papa, que es el líder de los creyentes, quien defienda la capacidad de la razón frente a la irracionalidad. Pero la situación de deterioro de la razón en la postmodernidad reclamaba esta defensa<sup>6</sup>. En un panorama teñido de relativismo, la Iglesia sale en defensa y reivindica el papel de la razón humana.

En un contexto semejante, también el papa León XIII había reivindicado en la encíclica “*Aeterni Patris*” la necesidad de un pensamiento que acoja la fe cristiana<sup>7</sup>. La encíclica “*Fides et Ratio*” enlaza con “*Aeterni Patris*” –a la que se refiere en diversas ocasiones (cf. FR 44, 57, 100)–, aunque en nuestro tiempo el panorama es distinto, porque la crisis es más aguda. Entonces había una fuerte crítica a la fe cristiana, pero persistía una confianza en la razón. En cambio, ahora, a finales del siglo XX, la inteligencia duda de sí misma y de su capacidad de alcanzar la verdad<sup>8</sup>. El cientificismo y el relativismo han llevado a afirmar que la razón humana sólo puede percibir fragmentos de lo real, pero es incapaz de pensar el todo (cf. FR 5, 47, 55, 82). Por eso, lo que pretende Juan Pablo II no es, como pretendía León XIII, promover un pensar más certero o auténtico, sino, simplemente, promover el pensar en cuanto tal.

La fe cristiana no se alegra con el ocaso de la razón, sino que reclama la razón. Por eso se dice de modo enérgico que “a la *parresía* de la fe debe corresponder la audacia de la razón” (FR 48), a la valentía con el que el cristiano debe ser testigo de su fe, debe corresponder una razón audaz, que se atreva a pensar y alcanzar el fundamento. De alguna manera, Juan

---

<sup>6</sup> Cf. J. W. KOTERSKI, “The challenge of Metaphysics”, en D. RUEL FOSTER – J. W. KOTERSKI (eds.), *The two wings of Catholic Thought*, The Catholic University of America, Washington 2003, p. 22.

<sup>7</sup> LEÓN XIII, Enc. *Aeterni Patris* (4-8-1879).

<sup>8</sup> Cf. J. L. ILLANES, “Fe y razón, filosofía y teología. Consideraciones al hilo de la *Fides et Ratio*”, en *Scripta Theologica* 31 (1999) 785-787.

Pablo II retoma la invitación que hizo Kant, cuando escribió: “sapere aude”<sup>9</sup>, atrévete a pensar, pero le da un sentido distinto: es una invitación a la razón para que se atreva a pensar incluso aquello que le supera y trasciende, aquello que está más allá de los fenómenos, porque la razón humana está constitutivamente abierta a lo infinito.

La crisis de la razón genera una crisis de la fe. Un comentarista de la encíclica escribió: “si la fe no es pensada, no es nada”<sup>10</sup>. Con la defensa de la razón, el Papa quiere sobre todo tutelar la fe, la cual se ha empobrecido con una razón también pobre. Una razón que se cierra a la verdad vuelve problemática la fe, que consiste en reconocer la verdad de Dios como un don y confiarse a ella en un acto de libertad.

## **b) Una razón abierta a la trascendencia**

Una convicción de fondo de toda la encíclica es que la razón está abierta al Absoluto (FR 41). Por ello, se invita a la razón a una “apertura plena y global hacia la realidad entera” (FR 97). Esto requiere, como veremos, una reflexión metafísica, que permita abrir el pensamiento al horizonte de la Trascendencia (FR 97). Con ello, la encíclica no está propiciando una vuelta atrás, al medievo, ni reivindica un único camino para la razón humana. En realidad, la encíclica valora positivamente muchas aportaciones de la filosofía moderna (cf. FR 91).

Por otro lado, la verdad revelada ilumina el camino de la razón humana (cf. FR 79) y la impulsa a sondear nuevos caminos. Así ha sucedido, de hecho, en la historia del pensamiento humano. Las nociones de libertad, persona, creación, espíritu, verdad, inmortalidad, amor, providencia, virtud, tolerancia, respeto y Dios personal, entre otras muchas, no habrían podido ser comprendidas como hoy lo hacemos si no hubiera mediado la tradición cristiana. La revelación es un acicate de la razón, que la invita a ir más allá de sí misma. Por eso dice que “la razón, privada de la aportación de la Revelación, ha recorrido caminos secundarios que tienen el peligro

---

<sup>9</sup> I. KANT, *Respuesta a la pregunta ¿qué es la ilustración?*.

<sup>10</sup> M. TOSO, “La fede se non è pensata è nulla”, en M. MANTOVANI – S. THURUTHIYIL – M. TOSO (eds.), *Fede e ragione. Opposizione, composizione?*, LAS, Roma 1999, pp. 119-130.



de hacerle perder de vista su meta final” (FR 48). Veinticinco años después podemos dar fe de que la razón y el pensamiento, cuando pierden de vista la revelación, se dedican a recorrer caminos secundarios, se arriesgan a detenerse en lo particular, perdiendo de vista lo verdaderamente importante. Abrirse a la revelación es un gran bien para la razón, pues la revelación ha ayudado a pensar bien y a presentar novedosos contenidos y conceptos que sin ésta nunca hubieran existido.

#### **4.- La situación actual de desencuentro entre la fe y la razón**

“Fides et ratio” insiste en que, para alcanzar la verdad, no se puede prescindir de ninguna de las dos alas de las que dispone el ser humano. Fe y razón se requiere mutuamente. No hay doble verdad, sino una armonía fundamental entre lo que se cree y lo que se piensa. A final del n. 42 encontramos el principio fundamental, que dice así: “la fe requiere que su objeto sea comprendido con ayuda de la razón; la razón, en el culmen de su búsqueda, admite como necesario lo que la fe le presenta” (FR 42).

Por eso, es un drama tremendo que la razón y la fe se hayan separado. La encíclica va enumerando las vías de esta dramática separación, sobre todo en la historia de occidente, que culmina en el nihilismo (cf. FR 46-48, 58, 81, 84, 86-90). La “nefasta separación” (FR 45) ha transformado en autonomía absoluta lo que sólo debía ser una distinción entre razón y fe. Fe y razón se han convertido en caminos paralelos.

Los comentaristas han subrayado cómo una de las novedades de esta encíclica es la propuesta de un modelo circular de comprensión de la relación entre fe y razón, filosofía y teología<sup>11</sup>. Aunque la voz “circularidad” aparece relativamente tarde en la encíclica, está presente desde el principio. En la Encíclica, la idea se aplica explícitamente a la relación entre fi-

---

<sup>11</sup> Cf. S. PIE I NINOT, “Comentari teològic a l’encíclica *Fides et Ratio* a les Facultats de filosofia i de teologia de Catalunya”, en *Ars Brevis* 4 (1998) 317-324; C. IZQUIERDO, “La circularidad entre filosofía y teología: *Fides et Ratio* 73”, en *Scripta Theologica* (2009) 451-468; C. M. GALLI, “La circularidad entre filosofía y teología (FR 64-74)”, en R. FERRARA – J. MÉNDEZ (eds.), *Fe y razón. Comentarios a la encíclica*, Ediciones de la Univ. Católica de Argentina, Buenos Aires 1999, pp. 83-99.

losofía y teología, pero se puede extender a la relación entre razón y fe. Ambas se ayudan mutuamente y se estimulan a profundizar (cf. FR 100).

En efecto, existe una íntima correlación entre la fe y la razón: “la razón y la fe no se pueden separar sin que se reduzca la posibilidad del hombre de conocer de modo adecuado a sí mismo, al mundo y a Dios” (FR 16). Y añade: “no hay motivo de competitividad alguna entre la razón y la fe: una está dentro de la otra, y cada una tiene su propio espacio de realización” (FR 17). Se hace necesaria una constante relación circular de la fe con la razón, manteniendo la dinámica del “credo ut intelligam” y del “intelligo ut credam”. Para entender bien esta circularidad conviene subrayar que es el mismo el sujeto que piensa y el sujeto que cree, que piensa creyendo y cree pensando.

El teólogo norteamericano David Schindler apunta que la relación entre razón y fe puede ser comprendida a la luz de la cristología<sup>12</sup>. Ambas se mantienen en relación, manteniendo su autonomía, como sucede con la naturaleza humana y la naturaleza divina de Cristo. No hay yuxtaposición de fe y razón, pero tampoco absorción de una por parte de la otra.

Razón y fe estructuran el pensar humano de tal manera que, unidas, en intercambio recíproco, hacen posible que la inteligencia abra al hombre a la plenitud de ser y de verdad para la que está hecho.

## 5.- La relación entre la filosofía y la teología

Tanto la filosofía como la teología son saberes que pretenden ofrecer una respuesta global y última a la pregunta por el fundamento de la realidad. Con medios diversos, buscan contestar a la pregunta de quién es Dios y quién el hombre, qué es la realidad y el mundo, cuál es su meta definitiva. Por ello, filosofía y teología, cada una desde su ámbito propio, se iluminan mutuamente en la búsqueda común de la verdad en plenitud. La

---

<sup>12</sup> D. L. SCHINDER, “Superando la separación entre fe y razón: la relación circular entre filosofía y teología y sus implicaciones para la estructura relacional del conocimiento (filosófico)”, en J. PRADES – J. M. MAGAZ (eds.), *La razón creyente. Actas del Congreso Internacional sobre la Encíclica Fides et Ratio*, Ed. Universidad San Dámaso, Madrid 2002, pp. 320-367.

encíclica, reconociendo la legítima autonomía de estos saberes, desea promover una relación armoniosa entre ambos: “Mi objetivo es proponer algunos principios y puntos de referencia que considero necesarios para instaurar una relación armoniosa y eficaz entre la filosofía y la teología” (FR 63).

### **a) La teología necesita la filosofía**

La teología es descrita en la encíclica como “*intellectus fidei*”, proceso por el que la inteligencia creyente aspira a entender y explicar de forma cada vez más plena la verdad en la que cree (cf. FR 65-66). Su objetivo es “presentar la inteligencia de la revelación y el contenido de la fe” (FR 93).

La encíclica subraya que la teología “ha tenido siempre y continúa teniendo necesidad de la aportación filosófica” (FR 77; vid. 69). Esto es así porque la teología presupone una comprensión del hombre y del mundo (FR 67), la capacidad de discernir algunas verdades (FR 68), una comprensión de la naturaleza humana y de la sociedad (FR 68). La filosofía indaga el significado último de la verdad, del ser y de la vida, y del hombre en ellas; por eso “la aportación peculiar del pensamiento filosófico permite discernir, tanto en las diversas concepciones de la vida como en las culturas no lo que piensan los hombres, sino cuál es su verdad” (FR 69). La teología no se despliega de espaldas a la filosofía, sino asumiéndola.

Además, la teología no sólo consiste en pensar a Dios, sino también en pensar desde Dios. Su objetivo no es sólo mostrar la estructura lógica de las proposiciones de la fe, sino mostrar “el significado de salvación que estas proposiciones contienen para el individuo y para la humanidad” (FR 66). A partir del núcleo de la fe, la teología lanza una mirada al conjunto de lo real, pensando la realidad desde la Palabra de Dios. Al lanzar esta mirada el teólogo necesita entrar en diálogo con las experiencias y saberes humanos, de los que no puede prescindir.

Ahora bien, la filosofía a la que la teología ha de recurrir no puede ser simplemente un sistema “ad hoc”, que no hiciera más que ilustrar o articular retóricamente los resultados a los que ya se hubiera llegado por una presunta reflexión exclusivamente teológica. La encíclica es muy

clara, también en este punto: “La Iglesia no propone una filosofía propia ni canoniza una filosofía en particular con menoscabo de otras. El motivo profundo de esta cautela está en el hecho de que la filosofía, incluso cuando se relaciona con la teología, debe proceder según sus métodos y reglas; de otro modo, no habría garantía de que permanezca orientada a la verdad, tendiendo a ella con un procedimiento racionalmente controlable” (FR 49). Una filosofía que se basara en la teología vendría a plantear una cuestión de principio. Por lo demás, invertiría la posición católica clásica, según la cual la gracia no destruye la naturaleza ni la sustituye, sino que la eleva y perfecciona<sup>13</sup>.

### **b) Una filosofía abierta a la fe**

La filosofía, en cuanto interrogación por el sentido último de todo, es un ejercicio de la razón en relación a la verdad. La encíclica entiende la filosofía como una actividad autónoma, que tiene sus propios principios y métodos (cf. FR 49), que surge del interrogarse por el porqué de las cosas y su finalidad (cf. FR 3). Para la fe cristiana es importante que la filosofía sea una actividad autónoma. Ahora bien, precisamente porque es autónoma y no está constreñida por ninguna limitación que le sobrevenga desde fuera, la filosofía es capaz de abrirse a una luz superior y acogerla en sí misma, sin que ello vaya en detrimento de su propia metodología ni de su índole racional. Es necesario un “empeño filosófico implícitamente abierto a lo sobrenatural” (n. 75).

El primer paso de una filosofía abierta a la fe es el de reencontrar una “*dimensión sapiencial* de búsqueda del sentido último y global de la vida” (FR 81). La encíclica se lamenta del estado actual de la filosofía –que se ha precipitado en el escepticismo y el nihilismo– y desea promover su regeneración, enraizando el pensar filosófico en las grandes preguntas sobre el sentido de la vida, que son irrenunciables. La filosofía nació cuando “el hombre empezó a preguntarse el porqué de las cosas y su finalidad” (FR 4) y debe mantener en todo momento esa tensión interior. La filosofía decae cuando deja de interrogarse sobre lo esencial y se convierte en “una de tantas parcelas del saber humano” (FR 47). Recuperar

---

<sup>13</sup> Cf. A. LLANO, “La audacia de la razón”, en *Scripta Theologica* 31 (1999) 107.

el carácter sapiencial de la filosofía significa afirmar la primacía del acto de filosofar sobre el filosofar<sup>14</sup>. Reclama una filosofía que no se detenga en los aspectos formales o particulares, sino que busque “su verdad total y definitiva” (FR 82). Invita a la filosofía a ser ambiciosa y no quedarse en pequeños problemas sectoriales, sino que conserve su ambición de ser principio unificador del saber.

La segunda exigencia es que la filosofía “no renuncie a la posibilidad de un *conocimiento objetivamente verdadero*, aunque siempre perfectible” (FR 82). Este es uno de los puntos esenciales de la encíclica. Creer que se puede conocer “una verdad universalmente válida” (FR 92) no es fuente de intolerancia –como sostienen los teóricos de la postmodernidad– sino la condición para que pueda haber un diálogo sincero entre las personas. Ahora bien, el conocimiento de la verdad es siempre perfectible, porque, aunque la verdad es una, se presenta ante nosotros a través de muchos canales.

La tercera exigencia es muy importante: necesitamos “una filosofía de *alcance auténticamente metafísico*, capaz de trascender los datos empíricos para llegar, en su búsqueda de la verdad, a algo absoluto, último y fundamental” (n. 83, cf. n. 106). Esta capacidad metafísica es afirmada en la encíclica, cuando comenta el texto sobre el conocimiento de Dios de la carta a los Romanos (1,20). Allí dice el Papa:

“se reconoce a la razón del hombre una capacidad que parece superar casi sus mismos límites naturales: no sólo no está limitada al conocimiento sensorial, desde el momento que puede reflexionar críticamente sobre ello, sino que argumentando sobre los datos de los sentidos puede incluso alcanzar la causa que da lugar a toda realidad sensible. Con terminología filosófica podríamos decir que en este importante texto paulino se afirma la capacidad metafísica del hombre” (FR 22).

La idea de metafísica que sostiene la encíclica es amplia y no se refiere a ninguna escuela particular (FR 83). Lo importante es superar la “tentación racionalista” (FR 54) y aceptar que “la realidad trasciende lo fáctico y lo empírico” (FR 83) y que la razón es capaz de dar el paso “del

---

<sup>14</sup> Cf. A. SABETTA, “La ricezione critica di *Fides et Ratio* a cinque anni della sua pubblicazione”, en <https://www.sabetta.it/files/19.pdf> (consultado 23/10/2023).

fenómeno al fundamento” (FR 83). Hay una legítima diversidad de escuelas y sistemas de pensamiento, pero lo importante es la apertura a todo el ser, sin cerrarse en lo parcial y fragmentario, como propone la razón postmoderna y sin renunciar a alcanzar la verdad del ser. La metafísica aparece, así, como un requisito necesario para comprender la Revelación, “una mediación privilegiada en la búsqueda teológica” (FR 83). Verwayen comentó que la recuperación de una filosofía de talante metafísico era como el “testamento” de Juan Pablo II: “son precisamente estas cuestiones centrales las que autorizan a considerar el escrito como una especie de disposición testamentaria de Juan Pablo II”<sup>15</sup>.

### **c) El modelo circular de comprensión de la relación entre filosofía y teología**

La filosofía y la teología tienen la pretensión de ser conocimientos globales de la realidad. Por ello mismo son saberes constitutivamente inacabados que solicitan la iluminación mutua. La encíclica sostiene que la relación entre filosofía y teología “debe estar marcada por la circularidad” (FR 73). En el interior de la circularidad básica entre razón y fe –que hemos descrito– se sitúa la circularidad entre filosofía y teología.

La filosofía y la teología comparten el interés por la existencia humana y por conocer la razón última del mundo. Con ópticas diferentes, ambas contemplan la misma realidad. La filosofía sigue un camino ascendente: a partir del mundo y del hombre se pregunta por el sentido. La teología recorre un camino descendente: parte de la Palabra de Dios, a la que busca comprender y, así, iluminar al mundo y al hombre. En ese camino se encuentra con la filosofía, como la filosofía, en su búsqueda del sentido último, se tropieza inevitablemente con la teología, que le ayuda a ampliar los horizontes de su reflexión.

R. Fisichella había hablado también de una circularidad de relaciones que, partiendo de la teología, recuperara necesariamente la filosofía y volviera nuevamente a la teología. Esta circularidad –advertía– resulta beneficiosa para no instrumentalizar a ninguna de las dos y respetar su

---

<sup>15</sup> H. VERWEYEN, “*Fides et ratio: eine notwendige Wegweisung*”, en *Theologie und Glaube* 90 (2000) 495.

legítima autonomía<sup>16</sup>. K. Rahner, por su parte, habló de circularidad hermenéutica entre filosofía y teología, la cual se traduce en una doble “ancillaridad”: hay una relación fundamental de servicio de la filosofía respecto de la teología y una análoga relación subsidiaria de la teología respecto de la filosofía.

En la encíclica se subraya que no hay subordinación de una a la otra. De manera especial, la filosofía no puede ser comprendida como una sierva de la teología (*ancilla theologiae*) (FR 77), sino que su relación con la teología es paritaria, lo que les permite enriquecerse mutuamente. La filosofía y la teología se reclaman mutuamente, porque ambas son saberes sobre la totalidad. El teólogo argentino Carlos Galli ha propuesto entender la idea de circularidad como una “presencia recíproca” o “pericore-sis”<sup>17</sup>, lo que supone que la filosofía es un momento interno de la elaboración teológica.

La teología, como “fides quarens intellectum” (o “intellectus fidei”), desea comprender mejor el contenido de la revelación. Para ello se sirve de la razón humana y de la filosofía, que sitúa en un nuevo contexto. La filosofía, por su parte, en el contacto con la Palabra de Dios, descubre nuevos horizontes para realizar su propia reflexión.

Para evitar la fatiga del pensar circular existe la tentación de contraponer los dos términos: “aut fides aut ratio”. Así se titulaba el escrito del filósofo ateo Paolo Flores d’Arcais, en el que contestaba duramente la encíclica, sosteniendo que el Papa considera aberrante la autonomía de la razón y, por eso, reclama para sí el monopolio de la verdad<sup>18</sup>. Por otra parte, existe hoy la tendencia a inclinar la balanza del lado de la fe, soste-

---

<sup>16</sup> Cf. R. FISICHELLA, “Oportet philosophari in theologia”, en *Gregorianum* 76 (1995) 221-262; 503-534; 701-728.

<sup>17</sup> C. M. GALLI, *o. c.*, pp. 96-97.

<sup>18</sup> P. FLORES D’ARCAIS, “Aut fides aut ratio”, en *Micromega*, 5, 1998. Véase para la polémica con este autor: A. MARCHESI, “Una lettura laicistica e preconconcetta che porta solo al nichilismo. Il superbo ed impertinente tentativo di contrapporre alla Fides et ratio l’*aut fide aut ratio*”, en *L’Osservatore Romano*, 18-19 de enero de 1999, 7; y su réplica: P. FLORES D’ARCAIS, “Perché la Chiesa mi giudica immorale?”, en *La Repubblica*, 22 de enero de 1999, 42. J. RATZINGER le respondió en “Fe, verdad y cultura. Reflexiones a propósito de la Encíclica *Fides et Ratio*”, en J. PRADES – J. M. MAGAZ (eds.), *La razón creyente. Actas del Congreso Internacional sobre la Encíclica Fides et Ratio*, Ed. Universidad San Dámaso, Madrid 2002, pp. 13-17.

niendo que la razón no tiene que inmiscuirse en la fe, concebida generalmente como un sentimiento, una emoción o reducida a una praxis. Quizás esta tentación fideísta –que deriva generalmente en fundamentalismo– sea el gran problema de nuestros días.

## **6.- Fe, razón y amor en la encíclica “Lumen Fidei”**

Quince años después de la encíclica sobre la fe y la razón, el Papa Francisco publicó la encíclica “Lumen Fidei”, que retoma la cuestión de la relación entre la fe y la razón<sup>19</sup>. En mi opinión, la peculiaridad de este precioso escrito, que había redactado el Papa Benedicto XVI y que el Papa Francisco asumió “añadiendo al texto algunas aportaciones” (LF 7), reside en la vinculación que establece entre fe, razón y amor.

### **a) La razón y la fe, dos luces para alumbrar el camino**

En “Lumen Fidei” también se considera fundamental la búsqueda humana de la verdad, “de una verdad más grande que nosotros mismos” (LF 14). Por ello, frente a los relativismos y a la reducción de la verdad a lo tecnológico, se invita a buscar la verdad grande, la verdad completa (cf. LF 25).

Para alcanzar esta verdad el ser humano dispone de la *luz de la razón*. Es una luz potente pero insuficiente. Frente a la pretensión moderna de considerar que la razón resolverá todas las cuestiones fundamentales que plantea el ser humano y de relegar la fe al reino del oscurantismo, la encíclica subraya que esa luz de la razón no logra iluminar toda la realidad humana y, por esto “al final, deja al hombre con el miedo a lo desconocido” (LF 3). Sólo con su razón, el ser humano queda desnortado, sin saber a dónde dirigirse. Es verdad que el hombre puede alcanzar grandes avances con la investigación científica y la tecnología contemporánea, pero

---

<sup>19</sup> He tratado con más amplitud este tema en “Fe, razón y teología en la encíclica *Lumen Fidei*”, en R. PELLITERO (coord.), *Creer en el amor. Redescubrir la encíclica “Lumen Fidei”*, Centre de Pastoral Litúrgica, Barcelona 2018, pp. 117-144.



cuando la razón queda reducida a lo empírico y a la certeza de las ciencias matemáticas, entonces el ser humano mismo queda reducido, porque sus interrogantes fundamentales no encuentran lugar en una razón así concebida<sup>20</sup>. La encíclica subraya que, cuando la verdad se reduce a lo que se puede construir y medir con la ciencia experimental (verdad tecnológica), se puede hacer más cómoda la vida (cf. LF 25), pero el hombre queda sin respuesta acerca de su futuro.

Por eso, “Lumen Fidei” invita a la razón a abrirse a toda la realidad, a ser una razón potente, que no se conforma con “pequeñas luces que alumbran el instante fugaz” (LF 3) y que busca la verdad, una “verdad grande” (“magna veritas”, expresión que aparece en LF 3 y 25), “la que explica la vida personal y social en su conjunto” (LF 25). Resuena en esta reflexión la invitación de “Fides et Ratio” a que la razón sea audaz.

El ser humano dispone de otra luz, que es *la fe*, la cual es capaz de iluminar “*toda* la existencia del hombre” (LF 4). No es una luz estática ni dada de una vez por todas, sino que es una “luz creativa” (LF 55), que ve en la medida en que avanza.

Su característica principal es que es una luz que procede del amor. La encíclica subraya que el origen de la fe cristiana es el encuentro con Alguien: “La fe nace del encuentro con el Dios vivo, que nos llama y nos revela su amor, un amor que nos precede y en el que nos podemos apoyar para estar seguros y construir la vida” (LF 4)<sup>21</sup>. La iniciativa en el encuentro procede de Dios, de su amor. Ahora bien, el encuentro con Dios nos transforma. El amor nos precede y nos transforma desde dentro: “obra en nosotros y con nosotros” (LF 20). Entre otras cosas nos da una nueva capacidad, nuevos ojos, “los ojos de Jesús” (LF 21). En un texto clave dice la encíclica: “El mismo amor trae una luz. La comprensión de la fe es la que nace cuando recibimos el gran amor de Dios que nos transforma interiormente y nos da ojos nuevos para ver la realidad” (LF 26). En consecuencia, “la fe conoce por estar vinculada al amor” (LF 26). Es el amor de Dios el que nos da ojos y luz para mirar.

---

<sup>20</sup> Este fue un tema que trató Benedicto en el Discurso de Ratisbona. Cf. BENEDICTO XVI, *Discurso en la universidad de Ratisbona* (12/9/2006).

<sup>21</sup> Un acercamiento a la epistemología de la fe en esta encíclica: F. CONESA, “Participar en la mirada de Jesús. El conocimiento de fe en la encíclica *Lumen Fidei*”, en *Facies Domini* 6 (2014) 29-52.

## b) El diálogo entre la fe y la razón

Siguiendo el camino trazado por “Fides et Ratio”, también “Lumen Fidei” quiere promover un diálogo fecundo y abierto entre fe y razón. Ambas encíclicas coinciden en hablar de un “movimiento circular” pues fe y razón se requieren mutuamente y crecen en su mutua relación<sup>22</sup>.

La originalidad de la presentación que “Lumen fidei” hace de este tema reside, como se ha dicho, en la conexión que establece entre fe, amor y conocimiento.

### – La fe ensancha los horizontes de la razón

La luz de la fe es “lumen amoris” (LF 34), que es capaz de iluminar las preguntas e interrogantes del hombre de nuestro tiempo. Ahora bien, al proceder del amor, la fe no se impone a la razón de un modo intransigente y totalitario, sino que la fecunda mediante el diálogo abierto y sin prejuicios. La verdad de la fe no convierte en arrogante al creyente, porque la luz de la fe procede del amor y sabe respetar al otro.

Esta fe, que es verdad del amor, ayuda a la razón humana en la búsqueda de la verdad, respetándola y, a la vez, ayudándola a evitar los peligros de la razón autónoma (como el cientificismo, el relativismo de la verdad y el relativismo moral). La fe refuerza a la razón en su impulso hacia la verdad, abriéndola a nuevos horizontes. La luz de la fe despierta el sentido crítico y ensancha los horizontes de la razón.

“Ensanchar” los horizontes fue la expresión usada también por Benedicto XVI en Ratisbona, donde, frente a una razón que se autolimita a lo que se alcanza experimentalmente, reivindicó la amplitud de la razón, el “gran logos”<sup>23</sup>. La fe no contradice la dinámica de la razón humana, sino que amplía su horizonte para que se abra a una realidad más compleja y personal. De esta manera la fe es la “verdadera ilustración”, porque reivindica a la razón y la abre a toda la realidad. En la preciosa carta sobre Pascal, “Sublimitas et miseria hominis”, escribe el Papa Francisco: “Pascal sabe por experiencia que lo que dice la Revelación no sólo no se opone a las exigencias de la razón, sino que aporta la res-

---

<sup>22</sup> Cfr. JUAN PABLO II, Enc. *Fides et Ratio* (14/09/98), 73; PAPA FRANCISCO, Enc. *Lumen Fidei*, 32.

<sup>23</sup> BENEDICTO XVI, *Discurso en la universidad de Ratisbona* (12/9/2006).

puesta inaudita a la que ninguna filosofía habría podido llegar por sí misma”<sup>24</sup>.

### – La fe es reforzada por la razón

La fe es “una luz nueva que nace del encuentro con el Dios vivo, una luz que toca a la persona en su centro, en el corazón, implicando su mente, su voluntad y su afectividad” (LF 40; cf. n. 26). Todas las dimensiones del ser humano intervienen en la fe, cada una a su modo. La fe supone potenciar todas y cada una de las dimensiones del hombre, pues tiene al Misterio de Dios trino como límite<sup>25</sup>.

En particular, la inteligencia del hombre está implicada en la fe. El hombre no puede prescindir de la verdad cuando cree. La fe no es una ilusión ni un mero sentimiento, sino que tiene que ver con la verdad. Sin la verdad –se explica- la fe “no puede subsistir”; “la fe, sin verdad, no salva” (LF 24). Si prescindimos de la verdad, la fe queda en una bella fábula, en una proyección del hombre o en un mero sentimiento. “Gracias a su unión intrínseca con la verdad, la fe es capaz de ofrecer una luz nueva” (LF 24).

Por eso la fe conduce a la búsqueda y al diálogo. Quien cree es un buscador de la verdad. Frente a Nietzsche, para quien la fe causaría una parálisis en la inteligencia y en la vida del hombre, la encíclica subraya que creer es buscar, indagar: si la fe es verdadera, no teme investigar y conocer (cf. LF 2). La fe pretende asumir las exigencias de la razón y responder a los interrogantes del ser humano, a sus preguntas respecto a la verdad.

### – Hacia una nueva síntesis de fe y razón

El resultado del proceso de separación entre razón y fe ha sido, por una parte, la constitución de una razón meramente técnica, que carece de amplitud y profundidad y, por otra, el peligro de reducir la fe a un sentimiento o una mera opinión, desconectándola de la verdad. La ampliación del concepto de racionalidad junto a la renuncia del creyente a posiciones voluntaristas y fideístas son condiciones necesarias para que pueda darse un auténtico diálogo entre la fe y la razón.

---

<sup>24</sup> PAPA FRANCISCO, Carta Ap. *Sublimitas et miseria hominis* (19-6-2023).

<sup>25</sup> Cf. P. RODRÍGUEZ PANIZO “La fe, una luz por redescubrir”, en *Razón y fe* n. 1382 (diciembre 2013) 434-437.

“Lumen Fidei” presenta como modelo de este diálogo el que se dio en los comienzos del cristianismo, cuando los cristianos vieron en el pensamiento filosófico un puente para el anuncio del Evangelio (cf. LF 32, un tema que ya estaba presente en FR 36). La Iglesia primitiva rechazó el mundo de las antiguas religiones, considerándolo como espejismo y alucinación, y enlazó con el mundo de la filosofía. Se eligió al Logos frente al mito, el Dios de los filósofos frente al Dios de las religiones. De esta manera –se dice en “Lumen Fidei”– “favoreció una fecunda interacción entre la fe y la razón, que se ha ido desarrollando a lo largo de los siglos hasta nuestros días” (LF 32).

También se presenta a San Agustín como modelo de integración entre la búsqueda de la razón humana y la fe. En su persona se une la filosofía griega con la experiencia personal de fe. El santo de Hipona fue capaz de integrar ambas perspectivas, guiado siempre por la revelación (cf. LF 33).

Necesitamos una nueva síntesis, que vaya más allá de meros encuentros ocasionales. Con la ayuda de la razón, la fe se profundiza y purifica y, por su parte, la razón con la ayuda de la fe se enriquece, porque se abre a nuevos horizontes, recibe nuevas luces. Pero, insistimos, esta síntesis es posible desde el amor. La fe ilumina la inteligencia por el amor: “el hombre viene a la luz gracias al amor” (LF 32). El amor provoca que la razón amplíe su uso, superando su autolimitación a lo verificable empíricamente y abriéndose al mundo del hombre y de Dios. El amor da alas a la razón, la llena de recursos y de creatividad, la hace buscar lo más grande. A una razón así concebida no le es extraña la fe. A su vez, la fe requiere a la razón. De esta manera el amor unido a la verdad unifica la vida de la persona (cf. LF 27).

## 7.- “Fides et Ratio” 25 años después

Pasados 25 años, el texto de “Fides et Ratio” no ha perdido su interés. Por una parte, los problemas filosóficos que dieron origen a la encíclica, no sólo no han desaparecido, sino que se han acrecentado<sup>26</sup>. El riesgo de

---

<sup>26</sup> J. G. TRABICC, “*Fides et Ratio*: An Encyclical even more relevant today than it was in 1998”, en *The Catholic World Report* (9-9-2019) <https://www.catholicworldreport.com/>

fideísmo permanece e incluso parece haber aumentado. Domina en los ambientes culturales el relativismo, el subjetivismo y parece que se ha perdido el amor a la verdad. La falta de audacia de la razón -tan bien descrita en la encíclica- la incapacita para pensar el cambio cultural que vivimos y para iluminar los grandes problemas humanos y sociales. La apuesta decidida por la verdad, que es central en la Encíclica, es hoy sumamente necesaria, si queremos proteger al ser humano de la dictadura de lo coyuntural y relativo. Traer de nuevo a la luz esta encíclica es importante también para la teología, porque la ayuda a comprender su naturaleza y su vocación.

Es una pena que la encíclica no llegó a suscitar un debate amplio en la comunidad filosófica. Las pocas reacciones de los filósofos a la encíclica no alcanzan a realizar una lectura en profundidad de la misma, quedándose en artículos de divulgación, generalmente muy superficiales. Donde sí tuvo y sigue teniendo eco es entre los filósofos cristianos y entre los teólogos, con particular incidencia en los ámbitos universitarios.

La encíclica no fue un catálogo de errores ni una condena de otras formas de pensamiento, sino una reflexión positiva sobre la manera en que fe y razón, filosofía y teología pueden caminar juntas en la búsqueda de la verdad. Releer la encíclica hoy nos impulsa a apostar de nuevo por una razón fuerte, que no ceje en su búsqueda de la verdad a la que tiende irremediablemente y de una fe que acoge a la razón y, con su ayuda, universaliza su mensaje, para poder así proclamarlo “a todos los pueblos” (Mt 28, 19). La encíclica es profundamente optimista y alienta al desarrollo de la razón hasta que alcance a ser sabiduría y desea impulsar el crecimiento de la fe hasta que sea capaz de esa *parresía* que caracterizó a los primeros cristianos. Como subrayó el papa Benedicto XVI en el décimo aniversario de la Encíclica, la gran apertura que manifiesta respecto de la razón y su capacidad de alcanzar la verdad, hacen que sea un escrito de permanente actualidad<sup>27</sup>. Leer de nuevo la encíclica puede considerarse casi un acto de rebeldía ante la pobreza del panorama intelectual que nos

---

2019/09/09/why-the-church-needs-philosophy-on-the-20th-anniversary-of-fides-et-ratio/#sdendnote6anc (consultado 22-10-2023).

<sup>27</sup> Cf. BENEDICTO XVI, *Discurso a los participantes en un Congreso sobre el tema de la “Confianza en la razón” con motivo del X aniversario de la encíclica “Fides et Ratio”* (16-10-2008).

rodea. Releer sus páginas es una bocanada de aire fresco, que convidan a no cejar en la búsqueda de la verdad.

Quizás sería interesante leer “Fides et Ratio” a la luz de lo que se dice sobre la fe y la razón en la encíclica “Lumen Fidei”, donde se establece su relación con el amor, así como a la luz de algunos documentos del magisterio de Papa Francisco, como la Constitución Apostólica “Veritatis Gaudium” (27-12-2017) y la Carta Apostólica en forma de “Motu Proprio” “Ad theologiam promovendam” (1-11-2023), donde invita a la teología a mantener un diálogo constante con la filosofía y con los demás saberes. Una teología “en salida”, que no se conforma con ser una reflexión de escritorio, ha de ser trans-disciplinar, capaz de ubicar y madurar “todo el saber en el espacio de Luz y de Vida ofrecido por la Sabiduría que brota de la Revelación de Dios”<sup>28</sup>.

Seguimos siendo buscadores de la verdad. San Agustín, que fue un incansable buscador de la verdad, escribió que “hoy tenemos que infundir a los hombres, a quienes la teoría de los académicos con su ingenioso modo de hablar apartó de la comprensión de la verdad, la esperanza de encontrarla”<sup>29</sup>. Sigue siendo una tarea pendiente ayudar a nuestros contemporáneos a no renunciar a la búsqueda de la “verdad plena” (FR 1), a arriesgarse por alcanzar la “verdad última” (FR 2), de esa verdad que ahora sólo captamos “como en un espejo” y que un día se nos manifestará por completo (cf. 1 Cor 13,12; FR 2).

---

<sup>28</sup> PAPA FRANCISCO, *Constitución Apostólica “Veritatis Gaudium”*, Proemio 4c.

<sup>29</sup> SAN AGUSTÍN, *Carta* 1, 1.